Populismo regional y estado en Chile[1]

Emmanuelle Barozet
Universidad de Chile

¿Qué aporte se puede hacer desde Chile al estudio del populismo de hoy? En la larga lista de líderes populistas, Chile pareciera ser un contribuidor muy discreto, sin parangones respecto de otros países del continente. Sin embargo, si se desplaza la mirada desde el nivel nacional hacia el nivel regional y local, no queda ninguna duda de que este particular estilo político tiene aún muchos adeptos en Chile, al tiempo que mantiene, lejos de las cámaras, una relación asistencialista con el Estado, para el beneficio de liderazgos personalistas.

Retomando como marco general los estudios de la teoría de la acción colectiva, en especial de la movilización de recursos (Oberschall, 1973; Diani, McAdam, 2003), y como marco específico el análisis de redes sociales (Laumann, Pappi, 1976), nos centraremos en este trabajo en un elemento definido, que ayuda a entender cómo se construye una autoridad populista y cómo la misma logra subsistir en Chile a pesar de la modernización política y del crecimiento económico: exploraremos la instrumentalización de redes sociales, sean éstas formales o informales, y la relación que dichas redes permiten mantener con la estructura estatal. En efecto, como cualquier autoridad política, el líder populista requiere de una red estructural dentro de la cual desarrollarse y sostenerse, y mediante la cual redistribuye beneficios a sus seguidores (De La Torre, 2003). En países como Chile, donde los partidos políticos se financian en gran parte con los aportes de sus militantes (Huneeus, 1998), y por lo tanto no reciben cuantiosos recursos de fuentes privadas, no es de extrañar que el Estado sea el proveedor, aunque indirecto, de muchos de los beneficios que los líderes populistas redistribuyen entre sus seguidores.[2]

Chile ofrece un caso interesante para el análisis del populismo, debido a una serie de aparentes contradicciones que alberga su realidad política y social. Por

ebarozet@uchile.cl

un lado, pareciera ser el único país latinoamericano donde las políticas neoliberales han tenido un relativo éxito; la explotación de las riquezas naturales y la agricultura modernizada han permitido que Chile se inserte de manera sólida en los mercados internacionales a partir de los años 80. Sin embargo, a pesar de la retórica del "todo mercado", y a diferencia de países vecinos como Argentina (Auyero, 1997), Chile tiene un Estado omnipresente en temas sociales y económicos,[3] lo que corresponde a un modelo de desarrollo basado en el neoliberalismo pero sin ortodoxia, debido justamente a la presencia de fuertes políticas sociales, las que han permitido limitar el aumento de la pobreza en el país, en especial en los momentos de mayor desempleo, y presionar fuertemente para disminuir la indigencia y la pobreza en los momentos de crecimiento económico. En el plano político, el país ha logrado transitar pacíficamente desde la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1989) a un régimen democrático, sin grandes estallidos sociales ni cuestionamientos profundos del régimen político o constitucional, más allá de las habituales críticas que se hacen a la democracia representativa, lo que constituye un síntoma compartido por la mayor parte de las democracias actuales. De hecho, se han sucedido cuatro gobiernos de la misma coalición en el poder, [4] sin que los opositores intenten llegar a la cabeza del Estado fuera de las urnas. Además, el último gobierno, encabezado por Michelle Bachelet, una mujer progresista, aparece como un hecho inédito para este país.

No obstante, más allá de la macro-economía y de la macro-política, se puede observar una serie de fenómenos más cercanos al imaginario de la política latinoamericana: casos de corrupción, grandes dificultades técnicas en la modernización del Estado, persistencia e incluso agravación de las desigualdades sociales. También, la perduración en la política local y regional de verdaderos caudillos, dirigentes hegemónicos que no parecen seguir la corriente general de la modernización política del país o que se aprovechan de ella para perpetuarse en el poder.

Después de una breve definición de lo que entenderemos por populismo –ejercicio obligado cuando se aborda este concepto–, veremos lo que la política chilena aporta como caso de estudio a este concepto, desde el ángulo de la tradición política propia del país. Luego, analizaremos dos casos de populismo en Chile, dentro de los marcos de la política local y sus relaciones con el Estado: Jorge Soria[5] en Iquique y Joaquín Lavín[6] en Santiago Centro.[7] Para eso, nos centraremos en el elemento estructural que permite mantenerse a estos líderes populistas: exploraremos cómo instrumentalizan redes sociales particulares, que los conectan estrechamente pero no visiblemente con la estructural estatal. A través de estas redes, los líderes hacen circular bienes y servicios hacia los sectores más pobres o vulnerables, con el fin de establecer una red clientelar que cimienta en el largo plazo su candidatura y favorece reelecciones.[8]

Chile: ¿un país hoy exento de la tentación populista?

Para contribuir al esfuerzo de precisión necesario en el debate respecto del populismo, recogemos la definición que planteó Pierre-André Taguieff (2002, 175): los líderes populistas "explotan, con o sin éxito, el imaginario popular, alimentado por ideales democráticos, en los cuales domina el deseo de abolir la barrera o la distancia, e incluso cualquier diferencia, entre gobernados y gobernantes, entre los de abajo y los de arriba". Guy Hermet retomó esta definición, dándole un giro respecto del uso del tiempo: el populismo apela al ideal de llevar a la práctica en tiempo real la voluntad del pueblo, negando de paso cualquier principio de realismo y estigmatizando todas las estructuras de intermediación que "confiscan" el poder popular para el beneficio de unos pocos (Hermet, 2003). Esta definición tiene el mérito de aplicarse tanto a personas como a movimientos, gobiernos o regímenes. Ayuda, además, a aliviar la carga estigmatizante que tiene el término "populismo", pero sin esconder que este tipo de movimiento crece sobre el fértil terreno "del resentimiento, de la marginalización y de la frustración" (Bayou, 2006), dentro de sistemas sociales donde los canales de movilidad son muy restringidos, debido a la extrema clausura de las élites y a la infranqueable distancia entre grupos sociales populares y sectores acomodados.

Chile no suele ser mencionado como una de las tierras más fecundas en el surgimiento de liderazgos populistas, en un continente donde han proliferado y "mutado" los populismos en sus más variadas expresiones. Carlos Ibáñez del Campo, quien ocupó el sillón presidencial en dos ocasiones (1927-1931 y 1952-1958), sería el máximo exponente a nivel nacional del anhelo populista durante el siglo XX, con matices militaristas. Pero cuando creció la segunda ola del (neo)populismo en América Latina en los años 70-80, Chile experimentaba regímenes de otra naturaleza: régimen popular y exploración de una vía al socialismo con Salvador Allende (1970-1973), y luego una dictadura militar clásica entre 1973 y 1989, bajo el mandato de Augusto Pinochet.

Después de la vuelta a la democracia y hasta el día de hoy, Chile ha tenido a nivel nacional tentaciones populistas,[9] pero no han logrado expresarse en un liderazgo que conquistara la Presidencia de la República, al contrario de muchos países de la región. Parte de la explicación acerca de la ausencia actual de grandes tendencias populistas se debe a la situación económica del país, que es notoriamente mejor que la de muchos de sus vecinos, así como a la ausencia de crisis sociales y políticas recurrentes. Por lo demás, no existen en este momento fuertes *outsiders* políticos que quieran cambiar las reglas del juego definidas en el momento de la transición (1988-1990). En este sentido, el sistema electoral binominal, que obliga a la conformación de coaliciones para acceder al Congreso, funciona como una puerta de contención parlamentaria –no democrática para

los partidos chicos, que debido a esta restricción sacan cifras muy bajas, tanto en las presidenciales como en las parlamentarias– frente a los extremismos y los populismos.[10]

A pesar de que en Chile se ha logrado en las últimas décadas bajar la tasa de pobreza de manera contundente de un 43 a un 13,4%[11] entre 1989 y el 2006 (cifras del Ministerio de Planificación, Encuesta Casen), la existencia de un importante contingente de "clase media baja", vulnerable ante las fluctuaciones del mercado laboral y de la macroeconomía, mantiene en la dependencia de la ayuda pública no sólo a los sectores populares, sino también a otro grupo no menor de chilenos y chilenas de clase media baja.

Traduciendo estas cifras en porcentajes de estratificación social, en Chile cerca de un 45% de la población puede calificarse como perteneciente a los sectores populares. Esta relativa menor proporción de sectores de escasos recursos en comparación con otros países de la región explica también la menor base de la cual dispondrían los líderes populistas a nivel nacional como plataforma social: para ganar los comicios presidenciales, un candidato necesita de un electorado transversal, siendo la conquista de los sectores medios no vulnerables un factor clave en el acceso al palacio presidencial.

La política del barrio o lo que no se ve a nivel nacional

En Chile, país unitario y fiscalmente centralizado, se genera una vida política en dos planos: por un lado, el espacio político nacional, controlado por mecanismos relativamente eficientes de fiscalización y sobre todo normado por reglas del juego, que hace ver que "Chile es un país serio";[12] y, por el otro, la vida política local o regional, en la cual abundan autoridades todopoderosas que establecen reglas políticas personalizadas, con escasa fiscalización y con un fuerte impacto en la vida de los más pobres, pues para éstos la puerta de acceso a los beneficios sociales no son los grandes programas nacionales, sino los planes de empleo o de ayuda social que implementan los servicios municipales.

En efecto, en las áreas metropolitanas de Chile, la segmentación territorial ha llevado a una fuerte concentración de los vulnerables sectores populares o medios, mencionados anteriormente, en comunas particulares o en barrios específicos. Cabe recordar aquí un rasgo central de la gestión social del país: las reformas emprendidas por la dictadura en los años 70, y plasmadas en una ley en el año 1980, descentralizan –o más bien desconcentran– la gestión de la salud y de la educación públicas colocándolas en el nivel local,[13] donde los municipios son sus ejecutores.[14] A la vez que otorgaron mayor presupuesto, a partir de estas reformas los servicios sociales municipales se transformaron en la principal inter-

Tabla 1: Comparación de los índices de desigualdad de Chile con otros países de la región y con Israel

País	Población (millones)	Índice de Gini	Distribución del ingreso o consumo (en porcentaje del total)						
			10% más pobre	20% más pobre	2ndo quintil	3er quintil	4º quintil	20% más rico	10% más rico
Argentina	39	1990 – 1999 0,542 2005 0,524	0,9	3,1	7,6	12,8	21,1	55,4	38,2
Brasil	186	1990 0,627 1999 0,640 2005 0,613	0,9	2,8	6,4	11,0	18,7	61,1	44,8
Bolivia	9	1989 0,538 1999 0,586 2002 0,614	0,3	1,5	5,9	10,9	18,7	63,0	47,2
Chile	16	1990 0,554 2000 0,559 2003 0,550	1,4	3,8	7,3	11,1	17,8	60	45
Israel	7	2001 0,392	2,1	5,7	10,5	15,9	23	44,9	28,8
México	103	1989 0,536 2000 0,542 2005 0,528	1,6	4,3	8,3	12,6	19,7	55,1	39,4

Fuente: CEPAL, *Estadísticas sociales*, 2006; Banco Mundial, *World Development Indicators Database*, 2007.

faz de acceso a prestaciones para los ciudadanos de menores recursos. Además, desde 1990, las municipalidades son claves en la implementación de las políticas sociales dirigidas a sectores vulnerables –mujeres, jóvenes, tercera edad, niños, discapacitados, drogodependientes, etc.–, las cuales adquieren crecientemente un carácter descentralizado y son gestionadas muchas veces a través de fondos concursables. Por lo tanto, las agencias centrales y los ministerios entraron en una fase de receso respecto de la redistribución de beneficios sociales, rompiendo con la estructura tradicional de la repartición de recursos públicos desde el nivel central (Valenzuela, 1977). En consecuencia, es crucial en el caso chileno desplazar la mirada hacia la política local, menos expuesta al escrutinio de las ciencias sociales: la misma constituye un vivero muy interesante de experiencias políticas, cuyo estudio permite entender cómo la misma se estructura y cómo se perpetúan líderes que pretenden mantener con sus seguidores una relación de cercanía más propia de la retórica de la democracia directa, pues es en el nivel local donde las necesidades básicas de muchos ciudadanos y ciudadanas chilenos se resuelven en el día a día.

Varios factores explican esta realidad. Ante todo, si bien los años de dictadura han marcado un paréntesis en el ejercicio de la democracia, la reconstitución del sistema de partidos, con muchos elementos retomados del sistema partidista pre-dictadura, muestra una interesante continuidad (Valenzuela, Scully, 1993), a la vez que ha erigido barreras de entrada difíciles de franquear para amplios sectores sociales del país (Fuentes, 2006). En segundo lugar, desde la vuelta a la democracia el (re)surgimiento de personajes populistas y su permanencia en el poder tienen que ver con la débil fiscalización que ejercen las autoridades competentes a nivel regional y municipal. En efecto, la actividad de los alcaldes es fiscalizada por los concejales; sin embargo, éstos tienen muy pocos poderes para ejercer esta tarea, y cuando el alcalde posee una mayoría de concejales a su favor, dicha tarea puede sencillamente no realizarse. Por otro lado, el radio de influencia de la Controlaría General de la República, o de sus brazos regionales, también es muy reducido, pues se puede abrir una investigación siempre y cuando la primera instancia de control –el concejo municipal– detecta irregularidades en la gestión edilicia. El otro flanco de control, que emana de los ciudadanos mismos, es particularmente débil, pues la estructura política de las municipalidades no deja mucho espacio para la participación ciudadana[15] o la fiscalización que pueda ejercer la prensa local.[16] Finalmente, cabe subrayar que no existen límites a la repostulación de las autoridades para los mandatos municipales, por lo que una misma persona puede perfectamente perpetuarse en el poder (Auth, García, 2005).[17] En un contexto de mayor descentralización fiscal, esta situación ayuda al desarrollo de liderazgos hegemónicos, poco sometidos a controles y que pueden ser reelegidos *ad infinitum*.

La estructuración de los liderazgos locales en Chile

Como marco general de la investigación llevada a cabo en Chile con un grupo de sociólogos entre 2003 y 2006,[18] buscamos primero ocuparnos de varios niveles de actividad socio-política, estudiando simultáneamente a los individuos (electores), a los grupos sociales que trabajan a nivel local y suelen ser los intermediarios (organizaciones de base) y a las autoridades locales (alcaldes, concejales, miembros de la burocracia municipal). La meta consistía en controlar en cada nivel las movilizaciones, tanto de los actores como de los recursos. Elegimos para este efecto dos comunas con liderazgos populistas: Santiago Centro, comuna emblemática en la historia chilena y terreno de enfrentamiento en las elecciones municipales entre las dos grandes coaliciones políticas; fue dirigida entre 2000 y 2004 por Joaquín Lavín, fallido candidato derechista (Unión Demócrata Independiente) a la Presidencia de la República en 2000 y en 2006. La segunda ciudad es Iquique, urbe del Norte Grande, dirigida desde los años 60 por Jorge Soria (Barozet, 2004). Siguiendo las definiciones planteadas anteriormente, se puede considerar que en el caso de ambos dirigentes , su gestión y su discurso, además de su relación con el "pueblo", son de corte populista. De hecho, gran parte de su electorado proviene de los grupos populares y medios vulnerables, que representan un importante sector en las dos comunas.

En los liderazgos políticos tradicionales, los partidos asumen el papel de intermediación, de acogida y mediación de las demandas sociales. En cambio, los movimientos populistas suelen recurrir de forma permanente a una retórica antipartidista –si no falsamente antipolítica– para dar la sensación de no depender de ninguna estructura de intermediación de poder que los aleje del pueblo. Distanciados de las estructuras tradicionales de intermediación, no alimentan, sin embargo, una relación directa con "la gente": el punto en el cual se unen la demanda social de los sectores populares y medios vulnerables, por un lado, y la oferta política de parte de los líderes, por el otro, no es un espacio indefinido y amorfo o solamente el espacio mediático de la fascinación del líder sobre los sectores populares. Esta observación es válida para los dos personajes estudiados en esta investigación. Si bien se trata de dos políticos ubicados en lugares muy distintos del espectro político, la existencia de una estructura partidista que los apoye parece, si no poco determinante en su éxito político, por lo menos algo de segundo plano. En efecto, Joaquín Lavín tiene relaciones estrechas con la Unión Demócrata Independiente, aunque siempre ha mantenido cierta ambigüedad respecto de esta formación política. Su círculo personal no es del partido, y en la elección municipal de 2000 el respaldo popular adquirido en las presidenciales anteriores explica en gran parte la votación. Además, en los últimos años, según una tendencia cada vez más fuerte en la región, los nombres de los candidatos

(en especial de la UDI) dejan de aparecer con la sigla o la simbología del partido en los afiches o en el discurso público. Con el fin de ampliar la base electoral necesaria para acceder a puestos nacionales, este distanciamiento de la etiqueta política aparece como una estrategia fructífera.

En cambio, la relación que Jorge Soria ha mantenido con los partidos políticos es totalmente instrumental. En cada elección, ha sido respaldado por un partido distinto (siempre de izquierda o centro-izquierda), pero cuando sus relaciones con el oficialismo se volvieron más tensas en 2003, creó el Partido de Acción Regionalista, cuya plataforma política consiste en criticar el centralismo santiaguino. Desaparecido poco tiempo después, renació a través de la creación del Partido Regionalista de los Independientes, pero el ex-PAR y ahora PRI no tiene otra función que apoyar las diversas candidaturas de Soria o las de sus allegados.[19]

Sobre esta base, se puede plantear la hipótesis siguiente: en los municipios examinados, el apoyo político que reciben ambos líderes descansa tanto en redes formales visibles (partidistas o públicas), como en redes informales más difíciles de detectar pero no menos eficientes en la redistribución de recursos públicos. Más que grupos partidistas, los nodos de estas redes suelen ser organizaciones de base y de barrio (clubes deportivos, grupos religiosos, clubes de adulto mayor o de jóvenes, juntas de vecinos o equivalentes, etc.). En efecto, pudimos sacar a la luz la existencia de importantes redes de soporte social y político para ambos líderes, a pesar de las diferencias entre ambos, en su gestión y en las tradiciones locales y geográficas propias de cada ciudad (Barozet, 2005).[20]

Respecto de la riqueza de la vida local en general, a pesar de las trabas presupuestarias y legales que limitan la participación a nivel local, en el 2000 el PNUD entregó un diagnóstico moderado acerca de la vida asociativa chilena (PNUD, 2000). Se estableció un catastro de 87.046 organizaciones a nivel nacional,[21] es decir 56,3 organizaciones por cada 10.000 habitantes, lo que deja a Chile en una posición mediana en una comparación internacional. Un estudio posterior (PNUD, 2006) muestra que la cantidad de organizaciones ha pasado en este lustro a más de 106.880.

Respecto de las dos comunas estudiadas, detectamos una fuerte vida asociativa, a través de la cual fluyen muchos recursos públicos municipales, que no son distribuidos desde las oficinas del municipio sino a través de personas específicas (dirigentes de estas organizaciones), las que a su vez reparten los beneficios entre los miembros de las asociaciones.[22] En el cuadro que sigue, se puede ver la recopilación de las organizaciones de base más eficientes en la redistribución de estos recursos.

A través de metodologías gráficas de análisis de redes, se puede reconstituir la estructura general de intermediación que opera a nivel local en el caso chile-

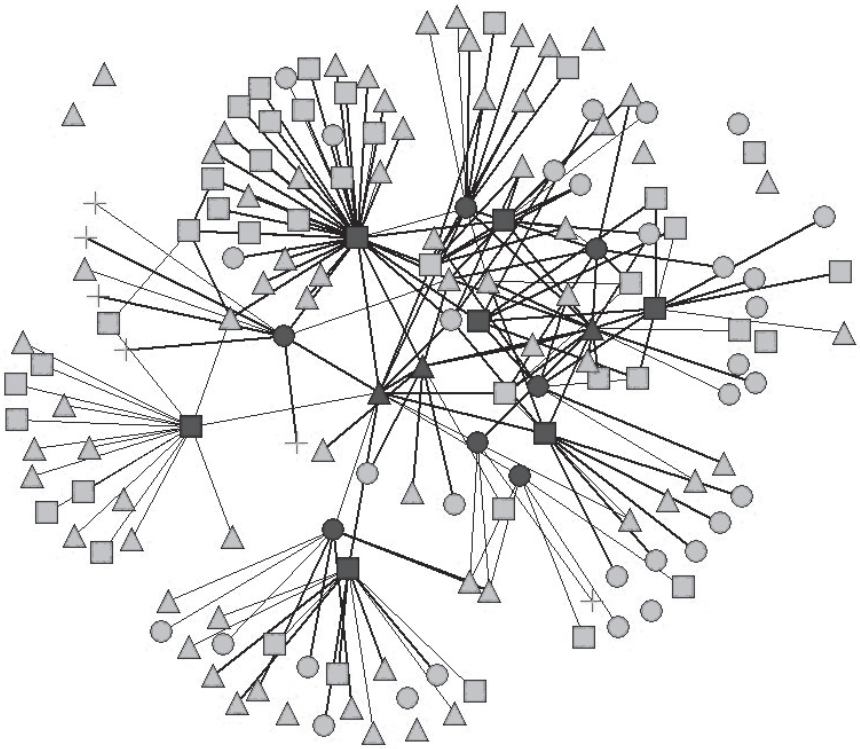
Tabla 2: Tipología de las organizaciones de base en Santiago Centro e Iquique (se seleccionaron solamente las organizaciones que participan de las redes de apoyo de los alcaldes)

	SANTIAGO			IQUIQUE	
TIPOLOGÍA DE ORGANIZACIONES	Número total de organizaciones inscritas	Número de organizaciones con estatutos vigentes	% del total de organizaciones con estatutos vigentes	Número total de organizaciones inscritas	% del total de organizaciones
Baile religioso[23]	–	–		37	2.9%
Club adulto mayor	191	132	15.8%	65	5.2%
Club deportivo	339	109	13.0%	359	28.6%
Comité prevención[24]	151	68	8.1%	–	–
Comité vivienda	67	13	1.5%	191	15.2%
Junta de vecinos	47	44	5.3%	158	12.6%
TOTAL	**1.838**	**837**		**1.257**	

Fuente: Unidad de Gestión Comunitaria de la Municipalidad de Santiago y DIDECO de Iquique, 2005.

no. Los nodos en negro son los intermediarios (dirigentes de organizaciones de base, intermediarios políticos): al desconectarse del centro, desconectan a un importante número de personas pertenecientes a las bases (Espinoza, 2006).

Esquema 1: Intermediación política a nivel local en Chile



SIMBOLOGÍA

- ■ actor que desconecta otros
- □ nodo corriente
- △ Autoridades[25]
- □ Intermediarios[26]
- ○ Nodo común (dirigente o persona perteneciente a las bases sociales)

Fuente: Espinoza, 2006: 11.

La red está claramente jerarquizada, con un centro que comparte vinculaciones de confianza y cooperación. Mientras más nos alejamos del centro, más se vuelven determinantes los intermediarios, sin los cuales algunas conexiones no se pueden realizar. Los puntos más periféricos están conectados con el centro a través de uno o más intermediarios, lo que muestra claramente que el acceso a recursos o informaciones depende de conexiones específicas.[27] Este esquema

general se puede aplicar a muchos casos de intermediación política, siendo necesario identificar a quien ocupa cada lugar en la estructura de la red, así como los bienes que circulan en ella. Lo interesante de esta graficación radica en que mezcla formalidad e informalidad, redes políticas partidistas, organizaciones de la sociedad civil y agencias sociales municipales o en menor medida estatales. Se trata también de un esquema de tipo competitivo entre intermediarios, pues varias personas buscan controlar recursos del municipio y recursos externos a él (Durston, 2005).

El punto anterior nos lleva a preguntarnos por el grado de institucionalización de los intermediarios, así como su relación con el Estado o los partidos políticos. Algunos intermediarios trabajan también como funcionarios de los servicios sociales de los municipios o de las instituciones regionales, otros son notables o empresarios, y otros son simples vecinos conocidos en el barrio. La variedad de las situaciones tiende a generar vínculos más o menos normados, desde el punto de vista institucional, en la estructura de intermediación. Se puede notar, en todo caso, que estos intermediarios mantienen relaciones "multiplejas",[28] tanto con el líder como con las bases: los bienes, servicios y afectos que circulan en ellas son de los más variados tipos. Esto se debe en gran parte al hecho que los intermediarios ejercen distintos cargos en forma simultánea: por ejemplo, el tesorero del club de fútbol del barrio es también el presidente de la junta de vecinos o miembro de otra asociación de barrio. Los intermediarios pueden ser además funcionarios municipales o regionales, lo que deja un importante margen de maniobra a los líderes políticos, quienes descansan en un número limitado de intermediarios conectados con sus propias bases. De esta manera, tienen acceso de manera transitiva a un número considerable de habitantes, lo que suele ser más eficiente en la política local que la clásica cooptación política que se realiza a través de los partidos políticos.

Conclusión

¿Cuál es el papel que desempeña el Estado en la organización o estructura en torno a la cual se articulan liderazgos populistas? En realidad, el grado de presencia del Estado ejerce una gran influencia sobre la estructura de la red clientelar de los líderes descritos aquí. Cuando el Estado está poco presente a nivel local, como es el caso de Argentina, son muchas veces los partidos políticos los que aseguran la intermediación clientelar, algunas veces mediante una maquinaria partidista que puede ser impresionante, y que incluso puede llegar a mezclar elementos políticos y mediáticos (casos clásicos en Argentina, Bolivia o Perú, entre otros). Chile sería en gran medida un caso contrario, pues el Estado

se hace presente incluso en los lugares más remotos, aunque sea a través de sus agencias municipales y no a través de ministerios o grandes planes públicos de corte estatal. La variación de dicha presencia pública significa también una importante modificación de la amplitud y de la naturaleza de las políticas sociales, así como de los programas sociales dirigidos a los sectores populares, pues deja un gran margen de maniobra a los líderes locales para instrumentalizar a su favor esta maquinaria social. Esta pregunta no es casual, pues la presencia del Estado en muchos casos determina el espacio que queda libre para que otros tipos de intermediación se instalen en él y se hagan cargo de la redistribución de recursos hacia los más desposeídos.

Queda claro que en los dos casos de populismo local descritos aquí, tanto la clientelización –o instrumentalización política– de redes duraderas, como lo son las que existen alrededor de organizaciones de base o de barrio, cuanto la cooptación de los sectores populares a través de políticas sociales, son elementos explicativos del voto y de la permanencia de determinados líderes en el poder. Las redes de apoyo político son duraderas y activas fuera del tiempo de campaña electoral, lo que refuerza su eficiencia.

Esta reflexión nos lleva entonces a otra pregunta, más apremiante, respecto del funcionamiento de la democracia: ¿la regionalización y la descentralización conducen a mayor democracia? ¿O sólo pueden reforzar tendencias y liderazgos populistas anclados en la región? Cabe recordar que, muchas veces, la imagen positiva que existe respecto del nivel local o regional es un efecto de espejo respecto de la mala imagen del nivel central encarnado por el Estado. La descentralización de Estados unitarios e históricamente fuertes, como es el caso de Chile, debe incluir la construcción de mecanismos adecuados de control para que el ideal de la democracia directa no se transforme en una realidad mucho menos democrática: el reforzamiento de líderes populistas, quienes ejercen para su beneficio el sueño de la "democracia de proximidad".

NOTAS

[1] Este artículo se enmarca en el proyecto Fondecyt 1030243 (2003-2005). Además, contó con otras fuentes de financiamiento: Beca Lavoisier de Postdoctorado del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia para una investigación realizada en Chile y Bolivia (2002-2003), y Proyecto Dicyt (Universidad de Santiago) 030593B (2006). En Chile, se trabajó en base a entrevistas profundizadas (160), observación participante y una encuesta en tres comunas del país (1.200 encuestados). Agradezco la invitación del Instituto de Historia y Cultura de América Latina de la Universidad de Tel Aviv para participar en el seminario "The State in Latin American Populism", que tuvo lugar en Tel Aviv en junio de 2007. Agradezco también los comentarios de Vicente Espinoza.

2 A cambio, respecto del financiamiento electoral, la reforma de la ley electoral y la ley de donaciones del 2005 puede alterar la gestión económica de las elecciones. No existen, sin embargo, estudios detallados y comparados del gasto electoral municipal pre- y post-reforma.

3 Ésta sería una gran diferencia entre ambos países. En Argentina, donde la estructura estatal es débil, los partidos políticos han tendido a transformarse en la forma de intermediación más omnipotente y eficiente de redistribución de recursos públicos. En cambio, en Chile, incluso en los lugares más remotos del país, los servicios del Estado son no sólo visibles sino operantes, y tratan gran parte de la demanda social, sobre todo a través de los municipios.

4 Patricio Aylwin (1990-1994), Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000), Ricardo Lagos (2000-2006) y Michelle Bachelet (2006-2010). Esta coalición, la Concertación, agrupa a los partidos que se opusieron en 1988 a la permanencia de Augusto Pinochet en el poder.

5 Jorge Soria, caudillo norteño, encarna la máxima duración en el poder local. Elegido y reelegido alcalde en tres ocasiones antes de la dictadura (1964, 1967 y 1971), es nuevamente electo en 1992, con un 36,9% de los votos, bajo la bandera del Partido Comunista (PC); luego, en 1996, con un 48,4%, como representante del Partido por la Democracia (PPD); y finalmente con un 54,3% en el 2000 como independiente. Tiene un estilo vociferante y mesiánico, muy crítico del centralismo santiaguino y muy anclado en la especificidad del Norte de Chile. Su liderazgo se traduce además en un fuerte nepotismo. Fue destituido en septiembre de 2006 por malversaciones en la gestión municipal, pero su hijo menor, concejal de primera mayoría, perpetúa el legado de su padre, por ahora procesado.

6 Joaquín Lavín es economista y miembro del *Opus Dei.* Fue además uno de los *Chicago Boys* de Augusto Pinochet. En 1992 fue electo alcalde de Las Condes, la comuna más rica del país, y luego reelecto en 1996, con más del 77% de los votos, antes de recibir el apoyo de la coalición de derecha (Alianza) para las presidenciales de 2000. Luego de su derrota (por pocos puntos de diferencia con Ricardo Lagos), postuló a la alcaldía de Santiago, que ganó con más del 60% de los sufragios.

7 Pudimos elegir más casos, pues existen muchos a nivel local en Chile, que hegemonizan la vida política regional y perpetúan prácticas políticas reñidas con el ejercicio de la democracia. Sin embargo, para resguardar la profundización del análisis y debido al tiempo dedicado en terreno a las entrevistas y la observación participante, se decidió restringir el estudio a dos casos emblemáticos, uno de derecha y otro de izquierda, considerando además que uno corresponde a la Región Metropolitana y otro a una de las zonas extremas del país.

8 Señalamos que la estrategia de investigación comparativa apuntaba a encontrar elementos estructurales en común entre liderazgos populistas de diferente tipo, con el fin de mostrar cómo se construye su relación con sus bases, a través de redes formales e informales, cuya forma depende más del entorno local y nacional que de las características de liderazgo populista propiamente dicho.

9 Francisco Javier Errázuriz Talavera, empresario, candidato a la presidencia en 1989 (Unión de Centro Centro) y senador en el período 1994-2002; y, hasta cierto punto,

Joaquín Lavín (Unión Demócrata Independiente), alcalde de la comuna de Las Condes, candidato de las elecciones presidenciales de 2000 y 2006, y alcalde de Santiago Centro (2000-2004).

10 Cabe agregar que en las elecciones presidenciales este fenómeno no ocurre por diseño, porque el sistema es de tipo mayoritario. La correlación entre las distintas elecciones es muy alta en Chile, y no existe costumbre de usar la primera vuelta. Por esta razón, las candidaturas presidenciales aparecen casi como parte de un sistema binominal.

11 Sin embargo, esta última cifra ha sido muy criticada cuando fue dada a conocer en junio de 2007. A todas luces, la pobreza no puede haber bajado tan drásticamente. Varios expertos consideran que la obsolescencia de la canasta en base a la cual se calcula la línea de pobreza sería el elemento que sesga la medición.

12 Según una frase común en los discursos del ex presidente Ricardo Lagos (2000-2006) y de la clase política chilena.

13 El sistema de protección social y de educación es dual en Chile: por un lado, la cobertura pública de salud y educación pública, que asegura una atención limitada, por un lado, y, por el otro, la cobertura privada de estos mismos servicios, que ofrece beneficios en función de los ingresos de los usuarios.

14 La Ley Orgánica Constitucional de Municipalidades 18.695 de 1980, publicada en el Diario Oficial en 1988 y actualizada en el 2000, demuestra claramente que en el ordenamiento jurídico nacional, las municipalidades desempeñan un papel central en la administración social y del territorio.

15 Los Concejos Económicos y Sociales (CESCO), órganos consultivos creados en 1991 e integrados por representantes electos de organizaciones de base, participan de la vida municipal sólo si en la práctica el alcalde lo estima conveniente. Además, sus funciones son imprecisas.

16 La prensa local puede dar cuenta con más facilidad de los fenómenos populistas locales y denunciar malas prácticas, pero el peso de la prensa nacional, que se hace sentir muy claramente a nivel regional, mantiene alejada del debate público esta otra forma de gestión política.

17 En las municipales de 1996, fueron reelectos el 57% de los alcaldes elegidos en 1992 (las primeras después de la dictadura); en el 2000, esta tasa pasa al 59,4%, y al 67,4% en las municipales de 2004. Cabe mencionar que la reelección favorece mucho más a los candidatos de la Concertación que de la Alianza, pues en las municipales de 2004, el 81% de los alcaldes de la Concertación que repostulaban fueron reelectos, contra un 54.1% de los alcaldes salientes de la Alianza (véase Auth, García, 2005). En cambio, los presidentes de la República no pueden volver a postular de inmediato.

18 Stéphanie Alenda, Universidad de Chile, y Bernardo Guerrero, Universidad Arturo Prat de Iquique.

19 Cabe señalar que el PAR logró la elección –hecho bastante inédito en el sistema chileno– de una diputada por Iquique en las parlamentarias de 2005.

20 Fue de crucial relevancia trabajar, tanto durante los períodos de campaña electoral (municipal y parlamentaria) como fuera de ellos, para controlar las variaciones de la actividad de las redes de soporte en función de los momentos políticos. Trabajar acerca de varios tipos de campaña electoral permite, además, ver hasta qué punto las redes clientelares

se reorganizan entre dos comicios, si se trata de las mismas redes, así como del tipo de recursos que circulan en ellas según lo que está en juego en las elecciones.

21 Sin incluir las organizaciones religiosas. Cabe notar, además, en el caso de Chile, la total ausencia de los sindicatos en este tipo de estructura de intermediación. En efecto, en las últimas décadas han perdido gran parte de su influencia y sólo el 11% de la fuerza laboral está sindicalizada.

22 Estos beneficios son de naturaleza muy variada: bonos de atención de salud, cursos de capacitación, acceso a planes de empleo, implementos para mejorar el entorno barrial, fondos para el fortalecimiento de las propias organizaciones, canastas de alimentos, etc. Según la magnitud de la ayuda que recibe la persona, estos beneficios se suelen transformar en una fuente de reconocimiento – y votos.

23 Los clubes de baile religioso son propios de la ciudad de Iquique, donde entrenan durante todo el año grupos de personas de origen popular, con una muy fuerte sociabilidad, que participan de una fiesta religiosa mariana en julio de cada año.

24 Esta estructura es propia de Santiago Centro. Se trata de organizaciones de vigilancia barrial, que de a poco llegaron a suplantar a las juntas de vecinos, más proclives a la oposición.

25 Gobierno, municipalidad y políticos.

26 Fundaciones, ONG y notables.

27 Este tipo de análisis de redes se puede refinar. Como lo subraya el autor, al tratarse de "una red jerarquizada, la clave está en identificar quiénes son los que están en mejores condiciones de aprovechar su posición de mediadores. Ello se puede hacer recurriendo a dos medidas que caracterizan la red personal: constricción y jerarquización […]. La constricción de la red establece en qué medida los contactos de una persona en la red son compartidos con otros. La jerarquización mide hasta qué punto una red personal está construida alrededor de un contacto estratégico" (Espinoza, 2006, 12).

28 La multiplejidad en análisis de redes corresponde a la multiplicidad de los contenidos de los intercambios entre personas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Auth, P. y H. García (2005). *Análisis de las municipales del 2004*. Santiago, Chile: 21-29.

Auyero, J. (1997). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo.* Buenos Aires, Cuadernos Argentinos Manantial.

Barozet, E. (2004). "Elementos explicativos de la votación en los sectores populares en Iquique: lógica y eficiencia de las redes clientelares". *Política* 43: 205-252.

Barozet, E. (2005). "Los nuevos patrones del clientelismo en las urbes chilenas. Reflexión acerca el uso político de las organizaciones comunitarias en Santiago Centro e Iquique". V. Espinoza y J. I. Porras, *Introducción a la teoría y práctica del análisis de redes sociales (ARS)*. Santiago, Universidad Bolivariana**:** 361-400.

Bayou, C., Joroslav Blaha, Edith Lhomel, Jean-Yves Potel (2006). "Populisme et extrémisme en Europe Centrale et Balte". *Le Courrier des Pays de l'Est* 1054(2): 27-43.

De La Torre, C. (2003). "Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el

nuevo populismo". *Revista de Ciencia Política de la Universidad Católica* 1: 55-66.

Diani, M. y D. McAdam (2003). *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action*. Oxford, Oxford University Press.

Durston, J., et al. (2005). *Comunidades campesinas, agencias públicas y clientelismo políticos en Chile*. Santiago, LOM.

Espinoza, V. (2006). "Los nuevos agentes políticos locales. Revisión estructural de la tesis de Arturo Valenzuela ¿Cómo se articulan el nivel de representación local con el nacional en la arena local y qué papel juegan el gobierno central y las políticas públicas?" *Revista del Magíster en Antropología del Desarrollo* 14: 8-18.

Fuentes, C. (2006). "Democracia en Chile: Instituciones, Representación y Exclusión". XXVI Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, LASA, San Juan, Puerto Rico.

Hermet, G. (2003). "El populismo como concepto". *Revista de Ciencia Política de la Universidad Católica* 1: 5-18.

Laumann, E. y F. U. Pappi (1976). *Networks of Collective Action: A Perspective on Community Influence Systems*. New York, Academic Press.

Oberschall, A. (1973). *Social Conflict and Social Movements*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.

PNUD (2000). *Desarrollo humano en Chile. Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago, PNUD**:** 305.

PNUD (2006). *Estudio Comparativo del sector sin fines de lucro*. Santiago, Johns Hopkins University, PNUD, Focus**:** 64.

Taguieff, P.-A. (2002). *L'illusion populiste*. París, Berg International.

Valenzuela, S. J. y T. Scully (1993). "De la democracia a la democracia: Continuidades y cambios de las opciones electorales y el sistema de partidos en Chile". *Estudios Públicos* 51: 195-228.